

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

1.º de noviembre de 1890

Núm. 157



LA NIÑA Y EL GATO

UN RATO DE CHARLA

LA verdad es que van ya tres años, y hoy empieza el cuarto, que estoy charlando cada semana con mis queridos camaradas, y que durante estos treinta y seis meses he tenido ya ocasión de abandonar mi diminutivo y hacerme llamar *D. Antonio*; pero, por lógica y puesta en razón que fuese esta sustracción de letras, que daría por resultado, sin embargo, un aumento de importancia... nominal, ello es que á mi diminutivo me atengo, con lo cual, lo mismo que si fuese un *D. Antonio*, podrá decirse de mí que *Antoñito siempre el mismo*.

Espero, pues, que este año habré de seguir, como los tres anteriores, con la prosa muy clara, el corazón muy limpio y esa independencia salvaje en que fundo mi solo y único orgullo de escritor.

Creo haber dicho algunas verdades en estos articulejos y creo también haberme reído de algunas vulgaridades solemnes. No me guía el afán de la novedad extravagante, sino el deseo de predicar cosas de sentido común, de combatir ranciedades perniciosas y modas insensatas y de sembrar buenas ideas, sin adular á nadie ni zaherir injustamente. Como no temo ni debo, quizás algunas veces me haya expresado con demasiada viveza; pero si ha sido así, dispense el que haya tomado candela.

Y basta de matemáticas.

Hablemos de la viruela de Madrid.

Pues ¿sabéis que es un escándalo la existencia de esa epidemia? Eso nos compromete á los ojos de Europa. ¡Una epidemia de viruela! Pero ¿dónde se ha visto eso? ¿Es España alguna isla de la Polinesia, algún pedazo de Congo, algún territorio de Pieles Rojas? En ningún país medianamente civilizado hay ya epidemias de viruela.

Lo primero que hay que hacer es vacunar á toda la nación, *fas aut nefas*. Bueno: esto no se ha hecho. Pues lo que hay que hacer es instalar hospitales de variolosos: los unos para pasar la enfermedad, los otros para pasar la convalecencia; y luego pegarles fuego. Estos hospitales pueden ser de madera ó grandes tiendas de campaña ó barcos viejos; pero siempre de carácter brevemente provisional. Eso de llevar los variolosos al hospital general es hacer que aporten allí todo lo que *se traen* y allí lo dejen, para que lo cojan

en seguida los que entran sin llevar más que alguna indigestión ó un resfriado.

¡Qué dirán en Londres cuando sepan que en España los variolo-



Con mil ardides
el cazador
vá persiguiendo,
nuevo Nemroth,

á esa bandada,
y á uno hirió,
corriendo el perro
del pobre en pos.



sos son llevados á los hospitales donde se albergan enfermos de distinta clase!

Y ¡qué dirán en Pekín, en Tombuctu, en Syuah, en Suakim, cuando sepan que en la calle de Méndez Alvaro (¡precisamente en la del malogrado higienista Méndez Alvaro!) había el día 17 un cadáver de varioloso que hacía OCHO DÍAS estaba allí sin enterrar!

Luego nos enfadaremos cuando los franceses y los búlgaros nos digan que somos una raza muy especial, tan especial que, después de la *peralada* de marras, todavía tenemos humor para volver á las andadas, gastando *otro millón* de pesetas. Valiera más que en lugar de tener ese par de *perales* tuviéramos algún hospital de pino para variolosos, aunque debiésemos renunciar con ello á la conquista de Gibraltar y á ser *O terror dos mares*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA RENTA DEL SOMBRERO

(A MI QUERIDA AMIGA ERMINA GARRIDO)

CUENTO

Un aldeano entró un día en un establecimiento, y, poniendo su sombrero en el mostrador, le rogó al dependiente le prestara seis francos sobre esta prenda.

—¿Me tomas por un tonto?—le respondió éste.—No te prestaría ni dos sueldos por ese trapajo.

—Tal como es,—replicó el aldeano,—no os lo daría por veinte escudos; y tengo, sin embargo, bastante necesidad del dinero que os pido. Hace ocho días que vendí aquí trigo. Hoy debía recibir su importe, y contaba con esto para pagar mañana la siega si no quiero ver embargar mis muebles. Pero el pobre hombre que me debe acaba de enterrar á su hijo, su mujer está enferma de pesadumbre y él no puede pagarme hasta dentro de ocho días. Como yo he tomado algunas veces mercadería en vuestra casa y vos me conocéis por un hombre honrado, pensé que no tendríais dificultad en prestarme los seis francos que necesito. Esto no es nada para vos y es mucho para mí. En todo caso, hé aquí mi sombrero, que os responderá de ello. Es un fiador más seguro de lo que vos pensáis.

El mercader soltó una carcajada, se encogió de hombros y le volvió la espalda sin piedad.

El conde de X. se encontraba por casualidad en el establecimiento. Había escuchado con atención los razonamientos del aldeano, y estaba admirado del aire de honradez que respiraba su fisonomía. Se aproximó despacio á él, y, poniéndole seis francos en la mano,

—Hé aquí lo que pedís, amigo mío,—le dijo.—Ya que no encontráis sino gentes duras, seré yo quien tenga el placer de haceros este favor.

Y salió apresuradamente á estas palabras, lanzando una mirada de indignación al mercader, y su carruaje estaba ya lejos, antes que el aldeano, inmóvil de admiración y de alegría, volviese en sí.

Un mes después el conde de X. atravesaba el Puente Real en su carruaje y oyó una voz que gritaba inútilmente al cochero para que parase. Se asomó



El generalito

á la portezuela y vió en la acera un hombre que corría á toda prisa, siguiendo el paso de sus caballos. Tiró del cordón para avisar al cochero que parase. En seguida el hombre se adelantó á la portezuela y le dijo:

—Perdonad, caballero: ¿no sois vos quien me pusisteis, hace un mes, seis francos en la mano en casa de un mercader?

La fuerza de la sangre



—Sí, amigo mío: me acuerdo.

—¡Ah! Bien, señor: hé aquí vuestro dinero, que os lo devuelvo. Vos no me disteis tiempo para daros las gracias, y menos todavía para preguntaros

vuestro nombre y las señas de vuestra casa. El mercader no os conocía. He venido todos los domingos á ver si os veía pasar. Felizmente ya os he encontrado. No hubiera estado jamás tranquilo si no os hubiera vuelto á encontrar. ¡Que Dios os recompense á vos y á vuestros hijos por el favor que me habéis hecho!

—Me felicito,—le respondió el conde,—de haber hecho un favor á un hombre tan honrado; pero os advierto que no esperaba que me devolviéseis este dinero: es un pequeño regalo que tenía intención de haceros.

—No sabía nada, caballero, y, por otra parte, yo no recibo nunca dinero sino cuando lo gano. Yo no había hecho nada por vos, y vos hacíais bastante por mí prestándomelo. Tomadlo: os lo suplico.

—No, amigo mío: ese dinero no os pertenece á vos ni á mí. Hacedme el favor de comprar alguna cosa á vuestros hijos y ofrecerles este pequeño regalo de mi parte. Se acabó, no hablemos más de esto. Pero explicadme una cosa que no ha cesado de atormentar mi curiosidad desde el otro día: ¿por qué seguridad osabais pedir seis francos sobre vuestro sombrero, que apenas vale seis sueldos?

—Es que vale todo para mí, caballero.

—Y ¿cómo es eso, amigo mío?

—Voy á haceros la historia.

Hace algunos años que el hijo del dueño de nuestra aldea, resbalando en la zanja del castillo, cayó en la nieve. Yo trabajaba cerca de allí: oí los gritos, corrí, me tiré vestido en la zanja, y tuve la dicha de sacar de allí al niño y llevarlo vivo á su padre. Monseñor no fué ingrato á mi servicio: me dió algunas fanegas de tierra con una pequeña suma para edificar una cabaña, poner mi casa y casarme. Esto no es todo: como yo había perdido mi sombrero en el agua, me puso el suyo en la cabeza, diciéndome que él hubiera querido ponerme una corona en su lugar. Ahora comprenderéis si yo debo querer mucho este sombrero. No lo llevo casi nunca al campo: allí todo lo que veo me trae á la memoria á mi bienhechor, aunque él ha muerto ya. Mis hijos, mi mujer, mi cabaña, mi tierra, no hay nada que no me hable de él. Pero cuando vengo á la ciudad me pongo siempre el sombrero para ver sobre mí alguna cosa que me lo recuerde. Estoy apesadumbrado porque empieza á romperse. ¿Veis? Está roto. Pero mientras quede un pedazo tendrá mucho valor á mis ojos.

El conde se había vivamente conmovido con esta relación. Tomó su cartera, y, cogiendo una carta y dando el sobre al aldeano,

—Tomad, amigo mío,—le dijo;—me veo obligado á dejaros, pero hé aquí las señas de mi casa: hacéme el favor de venir á verme el domingo por la mañana.

El aldeano no faltó á la cita. En seguida que fué anunciado, el conde corrió á su encuentro y, tomándole por la mano, le dijo:

—Mi querido amigo: vos no me habéis salvado un hijo único, pero me ha-



RESOLVIENDO EL PROBLEMA



TODOS UN CARGAMENTO DE JUGUETES

béis hecho un gran servicio, que es hacerme estimar más á los hombres, probándome que hay todavía corazones llenos de honradez y de reconocimiento.

Puesto que los sombreros figuran con tanto honor en vuestra cabeza, hé aquí uno. No os pido que os quitéis el de vuestro bienhechor. Solamente que, cuando no os sea posible llevarlo, os pongáis éste; y cada año, por este día, encontraréis aquí otro para reemplazarlo.

Esta dotación no era sino un honrado pretexto, del cual se servía el conde para moderar el orgullo del aldeano. Sabía demasiado bien que se debe educar los sentimientos de aquellos á quienes se favorece. Después de haber ganado su corazón por esta primera conformidad, tomó bastante imperio sobre él para tener el derecho de derramar el bienestar en su familia, que las desgracias habían casi arruinado; y tuvo la alegría de ver á aquella familia casi tan dichosa, con su reconocimiento, como él lo era con sus buenas obras.

Traducido del francés por

MARÍA GÓMEZ LANDERO

NIÑOS Y PÁJAROS

I

TODAS las mañanas, en cuanto Dios amanecía y la doncella iba á despertarle, ya vestido, la primera visita de Juanito era para su jilguero, prisionero en primorosa jaula de dorados alambres artísticamente combinados con ornamentaciones niqueladas, las cuales brillaban como manchas de sol sobre un haz de rayos de oro.

Era más que una jaula un precioso juguete, no sólo lindo por fuera, pues con serlo tanto, resultaba mucho más agradable su interior, diminuto palacio de cristal. En efecto: de cristal eran el baño y delicados cachivaches destinados á contener el agua y el alpiste, de cristal un esbelto árbol de saltadores y los balconcillos salientes que completaban la ornamentación de aquella alegre cárcel.

He dicho alegre y he dicho mal.

Cárcel y alegre son dos palabras que rabian de verse juntas, son dos corrientes negativas, dos polos opuestos, imposibles de aunar. De ahí que el alado cautivo que la habitaba, por ingratitud y tristeza (que de todo habría), cada vez hacía más ostensibles sus mortales ansias, sus profundas nostalgias y melancolías.

Lo que escapaba de su garganta no eran alegres y afiligranados gorjeos: eran arpadas quejas, raudal de perlas quebradas, rebosantes de esa dulcísima y conmovedora vaguedad, expresión de una pena inconsolable y que cautivaba más por las desdichas que dejaba adivinar que por el deleite que sus primorosas armonías causaban al oído. Advertido el niño de las inquietudes

de su prisionero, amonestábale con bondadosa severidad, amenazándole con abrirle la jaula y ponerle en el espacio si no cesaba con aquel canto monótono y tristón con que ingrato correspondía á sus bondades y cariños.



Tristezas de familia

—¿Qué te falta?—solía preguntarle con dulce reconvención.—Tienes una casita muy linda y aseada, no tienes que apurarte para el alpine como tantos millares de pájaros que cruzan infatigables el espacio, no te faltan *juguetes de pájaro* para que te diviertas cuando no puedo estar contigo, te agasajo

con cuantas golosinas se me antoja que pueden serte agradables, eres mi amiguito y confidente, jamás te molesto ni importuno... Entonces, ¿qué más deseas? ¿qué te falta? Suelta el pico: vamos á ver. Pero antes calcula qué sería de ti volando por esos espacios de Dios, tan chiquitillo como eres, y ya casi olvidado de mover tus alas: indudablemente caerías de nuevo en manos de algunos chicuelos perversos como los que te atormentaban cuando te compré.

Por toda contestación á advertencias tan razonables y juiciosas, batía el jilguero nerviosamente sus alas, erizábanse las plumas de su oscura cabeza, sus ojos brillaban como diamantes negros, lanzaba al aire agudos y lastimeros píos, y, después de rápidos giros y diversas evoluciones por la jaula, agarrábase á los alambres, palpitante el nevado seno por la reciente fatiga.

Juanito traducía aquella agitación y aquellos píos por un

—Estoy muy bien, pero ábreme la jaula que quiero echar á volar.

—¡Ea, que no te la abro!—objetaba el niño.—Eres ingrato, un desagradecido; y, para castigarte, voy á dejarte hoy sin migas de bizcocho y mañana sin verme, y pasado mañana...

Lo que iba á hacer pasado mañana no lo decía nunca Juanito, pues harto sabía el bondadoso niño que siendo amenazas no las iba á cumplir: su purísima alma rebelábase á todo sentimiento de rigor. Con más pena que disgusto separábase, pues, de la jaula y descendía al jardín en busca de otros camaradas suyos, dos soberbios perros, noblotes animales que correspondían mejor que el jilguero á sus bondades y atenciones. Corriendo tras ellos y agasajándolos con terroncitos de azúcar ú otras golosinas, olvídabase el niño del disgusto que llevaba sufrido; y retozando con ellos hubiera pasado la mañana si miss Alicia, una de tantas inglesas de ocasión que ejercen de institutriz, no le hubiese llamado todos los días á la misma hora para entregarse á sus habituales estudios. Con un tirón de oreja, de rabo, despedíase Juanito de aquellos canes, que solían acompañarle siempre hasta el pie de la escalera, la cual subía el niño con manifiesta pereza, volviendo siempre la cabeza á fin de despedirse de aquellos amigos cuya suerte envidió más de una vez. Era aquélla, bajo todos conceptos, una escala de amargura: en cada uno de sus peldaños iba dejando el niño su alegría; al llegar á lo alto, ya sólo hastío y aburrimiento le quedaba.

(Se concluirá)

ANTONIA OPISSO

NUESTROS GRABADOS

LA NIÑA Y EL GATO

Media entre ambos la más cordial amistad, como se ve: la niña le quiere, él la adora, y no puede estar nunca el uno sin el otro.



La nevasca

Ayuntamiento de Madrid

EL GENERALITO

Ese mocosuelo se las echa ya de general en jefe, y ¡quién sabe si no es semejante precocidad una condición indispensable para llegar á tan alto puesto! El oficio de las armas es de los que necesitan una vocación especial, que se

demuestra ya en la más tierna infancia. Que es lo que decían unas aleluyas del ilustre Espartero:



¡Vaya un tiempo!

Desde niño placentero
ya comienza á ser guerrero.

LA FUERZA DE LA SANGRE

En algunos países del Norte de Europa, como Holanda, y aun en la Bélgica de lengua valona, utilizáanse los perros como animales de tiro, sin duda por haberlo visto en las tierras polares los que primero se enteraron de las cos-

tumbres de los esquimales. Sabido esto, ya se comprende el lance representado en el dibujo: el perro, siempre carnicero y cazador, olvídase de su papel de animal de carga al ver correr á una liebre por la llanura nevada, y, obedeciendo sólo á su instinto lánzase tras ella, volcando el carrito de la leche y demostrando á su ama que para bestia de tiro vale más un borrico ó un caballo que un can.

RESOLVIENDO EL PROBLEMA

¡No cuesta poco sacar esa endiablada cuenta de dividir $48 \frac{2}{3}$ por $37 \frac{2}{3}$!
¡Esos números mixtos deberían desterrarse para siempre de las aritméticas!

TODO UN CARGAMENTO DE JUGUETES

Sí, todo un cargamento ha traído el papá de su viaje á Madrid: acordeones, muñecas, caballos, libros con cromos y cuanto puede soñar la más acalo-

rada fantasía. Todo iría perfectamente sin el chiquitín, que, envidioso y egoísta, lo quiere todo para sí, costándole trabajo á la abuelita hacerle entender los principios de la propiedad individual.

TRISTEZAS DE FAMILIA

La pobre madre ha recibido malísimas noticias del esposo ausente, que con razón la dejan profundamente afectada, pues ve en perspectiva la más funesta situación. ¿En quién desahogar la pena sino en el pobre niño? Y los que le han dado el gran disgusto se marchan así tan fresquitos: ¿eh?

LA NEVASCA

El pobre padre, con el niño en brazos y el fiel perro al lado, se ve sorprendido en la montaña por horrible tempestad de nieve. Envuelve al pobrecito, aterido por el frío, en su chaqueta, y lleno de espanto y de congoja dirígese en busca de un albergue, helado de terror al sentir al caro niño frío como un cadáver.

¡VAYA UN TIEMPO!

El buen hombre se iba para casita cuando le sorprendió la nevada; y tan recia era que en poco tiempo estuvo á punto de sepultarla bajo su sudario. Consta, sin embargo, que llegó aún á tiempo de poder entrar por la ventana.

LA PASTORA DE OCAS

CUENTO DE GRIMM

ERASE una vez una pobre vieja que vivía con su manada de ocas en un solitario lugar, entre montañas, y tenía allí una cabañita. Aquella soledad estaba rodeada por un bosque magnífico, y cada mañana la vieja se apoyaba en su palito é íbase para allí con paso trémulo. Una vez en el bosque, la buena mujer trabajaba activamente, hasta un punto que no hubiera creído nadie á su edad: cogía yerba para las ocas, frutas silvestres hasta tan arriba como podía llegar con las manos, y se lo cargaba todo en la espalda. Cualquiera hubiese pensado que debía sucumbir bajo semejante fardo, pero siempre lo llevaba felizmente hasta su casa. Cuando encontraba á alguien le saludaba amistosamente, diciéndole:—Buenos días, querido vecino. Hace hoy un excelente tiempo. Sin duda os sorprende que arrastre yo con todo ese forraje; pero, amiguito, cada uno debe llevar su carga al hombro.

Sin embargo, las gentes no gustaban de encontrarla, prefiriendo dar un rodeo, y si algún padre pasaba cerca de ella con su hijo, decíale por lo bajo:—Cuidado con esa vieja, que es astuta como un demonio: es una bruja.

Una mañana atravesaba por el bosque un joven muy hermoso. Brillaba el sol, cantaban las aves, soplaban entre la arboleda un viento fresquito, y el joven se encontraba muy alegre y de buen humor. No había topado aún con alma viviente, cuando de pronto tropieza con la vieja bruja acurrucada sobre las rodillas y cortando yerba con su hoz. Había amontonado ya toda una carga en su saco, y á su lado había dos grandes cuévanos llenos de peras y de manzanas silvestres.

—Abuela,—le dijo;—y ¿cómo pensáis cargar con todo esto?

—Pues es menester que me lo lleve, mi buen señor,—respondió ella.—Los hijos de los ricos no conocen estos trabajos, pero al labrador le dicen:

Cuando uno es jorobado,
mire delante, no detrás ni al lado.

Ea, ¿queréis ayudarme?—añadió la vieja viendo que se detenía.—Tenéis aún los hombros bien rectos y las piernas sólidas. Poco os costará, y, por otra parte, mi casa no está lejana: está ahí, en los jarales, detrás de la colina. De un brinco os plantáis allí.

El joven se sintió movido á compasión hacia la vieja, y dijo:

—Es verdad que mi padre no es ningún gañán, sino un conde muy rico; pero, para que veáis que los labradores no son los únicos que saben llevar peso, voy á encargarme de ese bulto.

—Si queréis,—repuso la vieja,—os deberé un grandísimo favor. Tenemos una horita que andar; pero ¿qué importa eso? También llevaréis las peras y las manzanas.

El condesito comenzó á reflexionar un poco cuando oyó aquello de la horita; pero la vieja no quiso ya soltar su presa: le ató el saco á la espalda y le colgó de las manos los dos cuévanos.

—Vamos, ya veis que eso no pesa nada,—le dijo.

—¡Caramba! Pues pesa mucho,—repuso el conde haciendo una triste mueca.—Vuestro saco es tan pesado que se diría que está lleno de piedras de sillería, y las peras y las manzanas pesan como plomo: apenas si puedo resollar.

Grandes ganas tenía de soltar la carga, pero la vieja no se lo permitió.

—Mirad, mirad,—decía con tono burlón;—ese mozo no puede con lo que tan á menudo he arrastrado yo, tan vieja como soy. Lo que es de boca, todo el mundo se os ofrece; pero en materia de obras ya es harina de otro costal. Pero ¿por qué os estáis ahí refunfuñando? Anda: ya nadie os librará de ese peso.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Talor: Jacha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA